

FRANCISCO MUÑOZ<sup>1</sup>

## EL JARDÍN DE LAS IDEAS

Negotium perambulans in tenebris...  
H. P. LOVECRAFT: *El horror de Dunwich*.

Siempre me admiró la destreza de Horacio Wheeler para inventar la realidad. Con velada persuasión conseguía cambiar la ficción hasta hacerla parecer sustantiva; a veces incluso llegaba a resultar provocadora esa tendencia suya a seguir un curso elíptico para transformar el rumbo y la percepción de sus escritos, en los que late una entreverada porfía entre las palabras y los significados que la fantasía les otorga más allá del capricho del propio narrador.

Muchos han sido —y serán— los que lo han acusado de detestable, pues nada enoja tanto al necio como sentirse desenmascarado ante su desgarró para aceptar que la imaginación alienta el comportamiento y la vida de los monstruos más incongruentes, de las situaciones más turbadoras y de los seres más absurdos. Todo ello está presente en la habilidad contadora de Horacio Wheeler, capaz de historiar lo que nunca fue y de fabular lo cotidiano hasta convertirlo en irreconocible y aun en misterioso.

Solía decir que en este mundo estamos para hacer las cosas que Dios quiere que hagamos, pero como Dios no nos dice qué cosas son esas —subrayaba—, lo mejor que podemos hacer es *dar virtudes a los demás para que cada cual remedie los daños que le vengan*.

<sup>1</sup> Exsecretario general de la Fundación del Español Urgente-Fundéu. Miembro correspondiente de la ANLE. Escritor. Autor, entre otras, de las novelas *El Bosque del Rey* (Fundación Luis Ortega Bru) y *Las colinas del Edén* (Random House / Mondadori). Esta última ha sido traducida a varios idiomas.

Intuyo que tras sus palabras se ocultaba el insatisfecho deseo de pulir las muchas y notables faltas que creyó descubrir en la Creación; o acaso fuesen un desafío a las leyes de la providencia, como parecen corroborar las conclusiones de sus famosos Desafueros, modestamente publicados con fondos reunidos por un grupo de incondicionales (nunca fue persona de ahorros innecesarios) y reeditados tardíamente con el inapropiado título de Absurdos y quimeras. Cuando los releo no me sustraigo al deleite que me producen sus páginas. El siempre incierto recorrido por ellas supone un tránsito, a veces cruel e incluso violento, entre la monotonía de la costumbre y el embargo intelectual que suscitan sus sorprendentes y sutiles corolarios.

Dije al principio que Horacio Wheeler tuvo una extraña habilidad narradora. Si tuviera que definirla, me atrevería a calificarla —en un ejercicio de imprudencia— de absorbente. En cuanto escribió, la imaginación provoca una suerte de trastorno en quienes se aventuran por el ritmo de sus palabras y de sus imágenes. Vivió rodeado de ángeles y demonios y participó de las deficiencias de ambos. Tal vez así se explique el vértigo que rezuman sus relatos, en particular los llamados *Relatos clandestinos*, en los cuales se tiene oportunidad de vivir lo inexplicable con la misma fuerza que lo cotidiano. Recuerdo con afecto y nostalgia las largas charlas que solíamos tener en el porche de su casa. Sentados al abrigo del relente y sorprendidos de tanto en tanto por el viaje errante de las luciérnagas que rayaban la noche con luz imprecisa, fueron muchas las veces que escuché de su boca lo que después serían los *Relatos*, transcritos casi por obligación un año antes de que muriese. Me cupo la suerte de ayudarlo en la corrección de las pruebas y ello me valió, por expreso deseo suyo, convertirme en depositario del original. Lo conservo sin atreverme a abrirlo. Hay en él una magia inexpresable que algunas noches me azota la razón.

Con voz pausada y grave, vulnerada por saberes que en ocasiones se me antojaban dañosos, me confesaba historias que decía haber vivido no sabía cuándo, pero que sentía cercanas, tanto como la negrura de la noche que nos observaba sin atreverse a participar con palabras aunque sí con sensaciones. Muchas de esas historias no fueron incluidas en los *Relatos* y yo nunca le pregunté por qué se negó a hacerlo. ¿Tal vez por miedo a descubrir la clave de algún terrible secreto que no me reveló y del que participaba algún otro?

Algunas estaban impregnadas de una pulcra ternura, como la de aquel enamorado que antes de morir prometió volver a lomos de un

cometa para reunirse con su joven amada, a la que encontró convertida en estrella, y ambos anduvieron errando por el universo en busca de algún ignorado paraíso en que asentarse para la eternidad. Otras, en cambio, se sumergían en el laberinto de los espejismos más atroces que el sueño de la razón pueda proyectar. En estas y en su mundo de perversidades encontraba Horacio Wheeler su verdadera razón de ser. Recuerdo una, relatada entre los fríos desgarros de una tormentosa noche, que trataba de un poeta al que un celoso y desconfiado príncipe obligaba a soñar para descubrir lo que se ocultaba tras el ingenio de sus metáforas. Prescindo de los detalles para no faltar a la promesa que le hice de guardar silencio sobre ellos.

Pero entre todas esas historias que nunca fueron ni serán escritas, hay una de tan terrible creación que hasta las palabras con que me fue referida resultaban infames. Presiento que tras ellas había algo más que una flaqueza literaria; tal vez un reservado ánimo de mantener sus orígenes en la bruma de lo ignorado.

Esto fue lo que me contó:

En el otoño de 1950 llegó a su poder un grueso cuaderno manuscrito que, al parecer, perteneció en tiempos a un ensombrecido personaje cuyo nombre no me fue revelado, como tampoco lo fue el camino seguido para hacerse con él. Según me dijo, el citado cuaderno estaba dividido en dos partes. La primera, que abarcaba un tercio de lo escrito, era un compendio de notas y aclaraciones sobre asuntos que mucho tenían que ver con deshonorosas prácticas taumatúrgicas referidas por igual al subconsciente y a la razón. La segunda quizá fuese el resultado de aplicar la primera. En ella se recogían algunos sucesos atribuidos al supuesto autor de las notas, confidencia necesaria para entender lo que sigue. Entre los varios episodios de que se daba cuenta en el segundo apartado del manuscrito, uno en concreto figuraba con gran profusión de pormenores; lo recuerdo con aprensión por lo que ocurrió después. Podría tratarse de uno de los muchos relatos que Horacio Wheeler imaginó, pero por la forma en que me fue narrado sé que no lo era. Había algo que lo hacía distinto, hasta el punto de sentirme envilecido cuando, dos años más tarde, creí haber participado de su secreto. Horacio lo llamó *El jardín de las ideas*, título a todas luces insinuante pero incompleto, como se verá. Contaba la historia de un viajero —*peregrino a ninguna parte* fue la expresión usada por Wheeler— que un día de cualquier año llegaba hasta una disimulada aldea de cualquier lugar (las imprecisiones son

mías), donde se establecía por un tiempo indeterminado durante el cual, merced a desconocidas artes o a algún nocivo padecimiento, se apropiaba de los recuerdos muertos y las ideas pretéritas de los vecinos. Después se marchaba para buscar refugio en otra parte y repetir lo mismo. Así anduvo hasta que desapareció, agobiado por el peso de tanta memoria ajena, no sin antes haber ocultado su aborrecible botín en un secreto terrazgo sustraído a la luz, olvidado a la contingencia de su propio caos. He prescindido de perífrasis innecesarias para ahorrar al lector descripciones dolorosas.

Próximo a morir, Horacio me hizo llamar. Acudí a su aviso. Sentado junto a su lecho me dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

— Amigo mío, a todos nos reclaman más tarde o más temprano; aunque Dios sabe que no creo en Él, no se ha olvidado de mí... Siento que ha llegado el momento en que me obligarán a vivir un nuevo sueño, como al poeta del que te hablé... Los recuerdos y la memoria son asuntos de cada cual, hasta que te los roban; por eso creo que voy a soñar la Nada infinitas veces.

Me rogó que cuando él muriese fuera a su casa, que sacara todos sus libros, les prendiera fuego en el jardín y que después hiciese lo mismo con la vivienda y con todo cuanto había dentro de ella, pero que no me preocupara por buscar el cuaderno de notas porque ya lo había quemado él. Puso especial énfasis en que fuese de día, a plena luz, y así lo hice. Entré en la casa y abrí las ventanas. Durante dos días me dediqué a sacar y destruir la pródiga biblioteca; todavía experimento una desagradable sensación de culpa cuando evoco el momento de quemar los libros, pero andaba mi promesa de por medio.

El segundo día, cuando cerraba una de las habitaciones y me disponía a incendiar la vivienda, reparé en una trampilla de madera recortada en el suelo. Estaba claveteada, por lo que tuve que servirme de una herramienta para liberarla. Cuando la levanté descubrí que daba a un sótano para mí desconocido hasta aquel instante. Bajé los siete u ocho peldaños y busqué un interruptor de luz, pero no lo había. Subí a buscar algo que me sirviera para alumbrarme y lo único que encontré fue un cabo de vela casi gastado. Ayudado por la mortecina llama que me proporcionaba la bujía, bajé de nuevo al sótano, no sin cierto recelo, y tras salvar el último de los escalones me encontré ante un angosto pasillo en cuyo final creí adivinar una puerta. Fui hasta ella y la abrí. Un olor húmedo, de tierra enmohecida, me recibió. En ese momento, una extraña corriente, que no me atrevo a decir que fue-

ra de aire, me rozó la cara y apagó la llama. Traté de encender de nuevo la vela pero resultó imposible. Avancé a oscuras. Notaba que algo muy parecido al miedo se apoderaba de mí. Traspasé la puerta. Un silencio violentado por algo que perturbaba la quietud se adueñó de todo. Fue entonces cuando advertí que el suelo que pisaba era blando; no pude evitar una sensación de pánico. Presentí que algo condenable anidaba en aquel recinto saturado por la transpiración de una tierra desdichada y empecé a notar una agobiante presión que hizo delirar mi entendimiento hasta confundir la irrealidad con el juicio. Un vértigo terrible me hizo ver y sentir lo que no debía ser visto ni sentido: a mi alrededor se agitaban terribles recuerdos que no conocía, ideas indefinidas e indefinibles capaces de alterar el ritmo de la vida y de provocar la locura, que me asaltaron de modo simultáneo, ultrajante, en una vorágine irreflexiva. Cientos, miles de analogías, de sucesos atroces, de actos sublimes, de deseos execrables, de recuerdos hermosos, de ideas incorruptibles, de actitudes tiránicas, de palabras no pronunciadas, de sentencias deleitosas, de intenciones malditas, de blasfemias percutidas de vileza, de alabanzas henchidas de gloria, de belleza, de fealdad, de odios, de amores sacrificados, de felicidad, de infortunio... Todo estaba allí..., pero todo muerto. Aquel ambiente de ruina incoherencia semejava la ilimitada inscripción de una batalla mental librada durante siglos. Supe, en un momento de lucidez, que me encontraba donde no debía estar. Medio enloquecido, escapé como pude (me niego a recordar de qué manera lo logré) y encendí el fuego que hizo arder la casa para que aquella maldición pereciera entre las llamas. Pero las presencias que entonces me espantaron siguen turbándome el sueño como una amenaza, como si siguieran mi rastro allá dondequiera que me encuentre...

Incluso en la celda de este apartado manicomio de Nueva Inglaterra.